

me, nutre aun algunas ramas que cubrieron con su sombra al guerrero español, abrumado de fatiga y de dolor.

La iglesia es muy sencilla, pero parece, en efecto, muy antigua. Popotla estaba en aquella época situada en la margen misma del lago, al extremo de la calzada de Tlacopan ó Tacuba, y el camino que yo recorría era el que llevaron los españoles.

Pasé á Tacuba, villorrio que oculta sus ruinas bajo árboles seculares, y dejando á mi derecha el santuario de Nuestra Señora de los Remedios, que se descubria en una colina inmediata, corté en la direccion de Chapultepec, al través de los bien cultivados campos y haciendas de Joaquin y de Morales.

Chapultepec (el Monte de las Cigarras) era la mansion favorita de Motezuma antes de la conquista y el sitio de recreo de los reyes de su dinastía que le precedieran. Poseia un palacio magnífico en lo alto de la colina, á cuyo pie se estendian jardines deliciosos.

«El sitio en que estuvo edificado, dice Prescott, está aun sombreado por gigantescos cipreses de mas de 50 pies de circunferencia, viejos ya de muchos siglos en la época de la conquista: ya no es mas que un informe desierto, un espeso bosque, donde arbutos salvajes y el mirto confunden sus ramas de verde lustroso y sombrío y sus bellotas rojas, con el delicado follaje del árbol de la pimienta.»

En el terreno que ocupaba el palacio del monarca azteca, el jóven y ambicioso virey don Bernardo de Galvez hizo construir en 1785 el castillo actual, al que dió la apariencia de un sitio de recreo; pero del que hizo en realidad una fortaleza. El año siguiente murió el virey, muy pronto para verlo acabado, y para dejar entrever á cuál de estos usos tenia intencion de destinarlo.

Actualmente es una escuela militar. Desde lo alto de su plataforma se descubre un panorama sorprendente por lo magestuoso y pintoresco.

Muchas horas pasé á la sombra de los árboles del bosque de Motezuma. Aquellos nobles cipreses que han visto surgir y desaparecer mas de una raza y mas de una dinastía, me recordaban la magnificencia de los bosques de cedro rojo del Klamat y del Redwoodcreek en California. Sus robustas ramas se entrelazan formando á gran altura una cúpula de admirable labor que los rayos del sol no pueden atravesar. La voz humana resuena allí como bajo las bóvedas de un templo, cuyas columnas parecen los rectos y vigorosos troncos. Pero ¿qué obra maestra de arquitectura, por audaz que fuera, heriria tan vivamente la imaginacion? La admiracion legítima inspirada por las grandes obras del hombre perjudica siempre á las sensaciones dulces ó graves que deberia provocar la misma obra: en presencia de las obras de

la naturaleza, no se admira, se goza; la admiracion vendrá mas tarde con el recuerdo y durará tanto como él.

Vuelvo á Méjico flanqueando el acueducto de Chapultepec, que es menos pesado que el de Santa Fe, pero igualmente viejo; penetra en la ciudad por la garita de Belen y termina en el barrio de San Juan por la fuente del *Salto de agua*, pequeño monumento de un gusto churriguereesco que no está del todo desprovisto de gracia.

Al lado se eleva la iglesia parroquial de la Concepcion; muy cerca el mercado de San Juan y el hospicio de la Caridad; mas lejos el mercado de Iturbide, al lado del convento de monjas de San Juan de la Penitencia y de la iglesia de San José.

Hay en Méjico muchos mercados, siendo el principal el de Santa Ana, construido en la plaza del Volador, que trazan el palacio, la universidad, los conventos de Balvanera y Porta-cæli; pero el mas curioso de todos es el que se hace por las mañanas en la calle de Roldan al pie del sombrío convento de la Merced en los malecones del canal, llamado de la Viga. Allí, por medio de este canal, barcos cargados de fruta, de legumbres, de volátiles, de flores, llegan de Tescuco, de Jochimilco y de Chalco, y los revendedores acuden á proveerse.

A estas inmediaciones y al corazon de estos centros gastronómicos es á donde hay que venir á estudiar la vida popular. Indios, criollos y extranjeros, harapientos y ricos propietarios, levitas negras, chaquetas de piel bordadas y uniformes viejos; cargadores, soldados, muleros, serenos, frailes de todas órdenes, calzados y descalzos, se rozan allí fraternalmente. Bellas floreras, frescas sirvientas de buena casa, gazmoñas *chinas*, van y vienen envueltas en sus rebozos, con el oido atento á los requiebros y con la respuesta en los labios. En la palma de la mano, á la altura del hombro, llevan del modo mas académico sus canastas llenas de verdura ó el gracioso cántaro de barro colorado lleno de agua.

El aguador vestido de cuero se abre paso lentamente al través de esta muchedumbre. Lleva á la espalda su *chochocol*, enorme cántaro de barro colorado, de forma completamente esférica, que suspende á la frente por medio de una correa, anudada por sus estremos á las dos asas del cántaro; otra correa que pasa por la coronilla sostiene otro cántaro pequeño que contrabalancea por delante el peso del que va atrás, conservando un centro de gravedad normal.

Cuéntase que un inglés, deseoso de verificar este problema de equilibrio, tuvo el gusto de romper de un repentino bastonazo el cántaro pequeño. El pobre aguador cayó de espaldas en el acto. El inglés, ya satisfecho, pagó los tiestos: no se dice si dió alguna cosa por el ultraje hecho á la dignidad humana.

Yo no pensé en hacer semejante prueba; pero hice otra aunque no tan aristocrática. Me aseguré por experiencia que el agua contenida en el cántaro roto por el inglés, estaba caritativamente á disposicion de todo el que tuviera sed. El uso ha hecho una ley de esta costumbre patriarcal. El aguador á quien me dirigí, viendo que yo no pertenecia á su clientela ordinaria, se creyó en el derecho de pedirme, muy respetuosamente en verdad un cigarro, que no le rehusé por cierto.

Una excursion nocturna en Méjico.—Un mayoral ladrón.
—Paseo forzado.—Ayotla.

Yo habia obtenido pasaporte de la legacion francesa para Nueva Orleans y la hora de la partida sonaba. Me precisaba estar en Vera Cruz antes del 20, puesto que para este dia se esperaba el steamar. Se me aconsejó con instancia que no continuara mi viaje á caballo por el rigor de la estacion, y pues queria viajar económicamente, que tomara asiento en los carros que hacen el servicio acelerado entre Méjico y Vera Cruz.

Estos carruajes, construidos en los Estados-Unidos, están cubiertos y muy bien suspendidos; como que vuelven de vacío de la capital á la costa, la administracion toma entonces viajeros, mediante la modesta suma de 15 duros por asiento. El trayecto se hace en ocho dias, ó sea á 10 leguas por dia poco mas ó menos, siendo el costo de posadas etc., de cuenta de la administracion.

La diligencia solo invierte tres dias y una noche en andar la misma distancia; pero un asiento en la diligencia viene á salir con los demás gastos inevitables á unos 20 duros al dia.

Yo tuve la debilidad de dejarme, sino convencer, al menos influir, y vendí mi caballo, de lo cual me arrepentí luego amargamente. Despedí, pues, á Miguel, quien me pidió permiso para abrazarme y me estrechó en sus brazos, con lágrimas en los ojos; á pesar de su desesperacion y sobre todo de mi vigilancia, el digno *lepero* halló medio de llevarse como prenda de consuelo sin duda, y á falta de otra cosa mejor, un par de velas de sebo de un *tlaco* que yo le habia mandado comprar por la mañana para provision.

Mi partida fue fijada para el 14 y recibí aviso del mayoral para que á las tres de la mañana sin falta me hallara en el corral de los carruajes. El temor de acudir tarde me tuvo despierto toda la noche, y á las dos estaba ya en la calle envuelto en mi sarape y con mi balija en la mano.

El corral estaba situado en una callejuela bastante estraviada, llamada el callejon de la Viña á la entrada del barrio de Santa Ana. No siendo la distancia de mas de medio kilómetro, en breves instantes llegué

allá. El silencio profundo que reinaba en los alrededores me pareció de buen augurio: no habian enganchado aun. Llamé una vez y otra, volví á llamar y á hacer ruido y los ladridos de un perro fueron la única respuesta. Finalmente y al cabo de un cuarto de hora, un hombre medio dormido, se decidió á preguntarme qué queria.

—¿Los carruajes, señor? Ya partieron.

No hay que decir que mi justa cólera fue estremada.

—Pero no hace diez minutos, añadió el portero por apaciguarme, y tiene usted gran probabilidad de alcanzarlos en la Garita de San Lázaro, si corre bien. Sino fuera tiempo, no importa: la primera parada es en Ayotla, donde se almuerza, y allí puede usted tener seguridad de alcanzarlos.

Con esto el bueno del hombre me dió con la puerta en las narices, dejándome en la calle hecho el hombre mas perplejo de todas las Españas.

Yo no conocia lo bastante á Méjico para poder ir directamente á la puerta de San Lázaro, sin indicaciones. La oscuridad reinaba en las calles, con pretesto de la luna; yo tenia miedo á los ladrones, codiciosos á la vista de mi equipaje, y á los serenos tambien, á quienes debia parecerles sospechoso un hombre con un paquete á aquella hora por las calles. Sin embargo, me puse en camino confiando á mi estrella el cuidado de guiarme felizmente entre aquellos dos escollos: los ladrones y los... ladrones.

Méjico era un anejo del palacio de la Bella en el bosque durmiente. Serenos y leperos dormian en sus puestos. Yo tropecé mas de una vez en medio de una patrulla de infantería que roncaba en una acera con una armonía y precision que se hubieran buscado en vano en sus maniobras militares. En la calle del Arzobispo, delante de la prision del palacio, un centinela despertó, sobresaltado sin duda por el ruido de mis pasos, y me echó un feroz *¿quién vive?* cuya energía me recordó los bellos dias de Guaymas. Yo no lo habia visto aun, perdido como estaba en la sombra de la puerta; así que me causó una gran impresion. Habiendo contestado á todas sus preguntas, continué mi camino. En fin, despues de preguntar á los serenos, á los sargentos de ronda y centinelas y despues de distribuir un paquete de cigarros, que fueron para mí la mejor de las recomendaciones, pude llegar á la Garita de San Lázaro.

Un ruido de ruedas y cascabeles hirió entonces mi oido: llegaba á tiempo. Y eché á correr: un rastro me cerraba el paso y llamé. El guarda se presentó á la ventana de un pabellon extramuros; entramos en conversacion, y por último, me declaró que no podia abrir la puerta. El mayoral, segun dijo, no le habia prevenido, lo que no dejaba de hacer, cuando quedaba algun viajero rezagado. En vano le



Aguador en Méjico.

hablé y aun le exhibí mi pasaporte y mi billete, y en vano tambien le amenazé con hacerlo responsable del perjuicio que me irrogaba; el guarda se encerró en su consigna y me dejó en la calle. «Yo saldré co-

mo los otros, cuando se abran las puertas al ser de día y con buenas piernas podré alcanzar el carro en Ayotla.» La misma antífona. El ruido de los casca- beles se perdía insensiblemente en el silencio del



Serenos mejicanos.

campo, y mi furor crecía en sentido inverso. El guarda cerró su ventana dándome las buenas noches y amenazándome con soltar el perro, si hacía ruido.

La mala voluntad de este empleado era harto evidente para no comprender yo lo que en el fondo había: el mayoral le había untado la mano á fin de que no me dejara pasar, esperando especular con mi asiento, que alquilaria en el camino á cualquier otro viajero. No recibiendo la administracion las quejas

de los viajeros, porque por ningun pretexto devolvía el dinero, el mayoral estaba tranquilo por esta parte. Así que, ó me había dado un aviso inexacto sobre la hora de salida, ó había salido antes con intencion de dejarme atrás. De cualquier manera, todo había salido á su gusto y yo había caído en la trampa.

El rastrillo no era un obstáculo insuperable, pero detrás estaba el perro y confieso que no tuve valor para arrostrar sus iras.

Restábame el recurso muy problemático de alcanzar el convoy en Ayotla, pueblo que está á 26 kilómetros lo menos de la Garita: los carruajes iban á llevarme dos horas de ventaja; sin embargo, como no hay cosa que mas me duela que hacer el primo, resolví intentar la aventura, mas con deseo de vengarme del mayoral, que de recobrar mi dinero.

Esperando el día, me acosté sobre la yerba, y reclinando la cabeza en mi baliya, procuré dormirme. El fresco de la mañana, y sobre todo, la humedad del suelo, me lo impidieron. Tuve que levantarme y me puse á pasear para calentarme. La luna vino á alegrarme con su dulce claridad que afelpaba las llanuras salinas ó pantanosas de San Lorenzo. Ante mí se desenvolvía el canal de la Viga, que sale de este punto para ir á desembocar en el lago de Tezcucó; á alguna distancia, los grandes muros blancos y la cúpula del hospicio de San Lázaro, destinado especialmente á los leprosos, se levantaban melancólicamente en medio de aquella soledad.

A la orilla del canal ví un montón de sacos de grano, que, cubiertos con una lona, parecían ofrecerme hospitalidad: no la rehusé por cierto; y deslizándome entre la lona y los sacos, me disponía á dormir, cuando ciertos gruñidos sordos me advirtieron que el sitio estaba ya habitado. Esto me desconcertó al principio; pero habiéndose restablecido el orden muy luego, me dormí, sin preocuparme ya mas de mis vecinos, cualesquiera que ellos fuesen, lo cual ignoro aun.

A las cinco y media se abrió por fin la puerta: envolví la baliya en mi sarape, cuyas dos estremidades anudé sobre mi pecho á usanza india y me puse en camino.

Una calzada recta y muy bien conservada conduce hasta el *Peñon del Marqués* ó *Peñon viejo*, monte volcánico que se eleva en la llanura á unos 13 kilómetros de Méjico; un brazo del lago de Tezcucó, que la calzada atraviesa, lo rodea aun en parte: en otro tiempo era una isla de que Cortés se apoderó despues de un sangriento combate, con ayuda de sus bergantines. Allí me detuve diez minutos á descansar y comer un bizcocho mojado en un vaso de Madera. La calzada continúa durante algunos kilómetros; despues, al pie del volcan de Ayotla, se encuentra un terreno arenoso, donde la marcha se hace penosa.

A las nueve y media estaba en Ayotla: habia, pues, andado 26 kilómetros en cuatro horas, con un peso de cuarenta libras á la espalda.

El coche de Puebla.—El bosque de Rio-frio.—Ladrones.—San Martin de Tescmeluca.—La Sota.

El mesoiero á quien pregunté, me dijo que los carruajes no se habian detenido en el pueblo aquel día y que hacia como una hora que habian pasado. No habia esperanza de alcanzarlos, sino en la parada

de la noche, y la tentativa superaba ya mis fuerzas. Al llegar, me senté, y cuando quise levantarme, hallé que las piernas no me ayudaban: fue menester fricarlas con mescal para darles alguna elasticidad, despues de haber abierto mi calzado para sacar los pies que se me habian hinchado.

El ladron del mayoral habia ganado la partida, y yo no sabia ya qué hacer de mí. Mi huésped me aconsejó esperar al día siguiente y tomar el coche de Puebla. «En esta ciudad, me dije, encontraré otro que me conduzca á Jalapa, y allí tomaré si es menester, la diligencia.»

Con esto me acosté despues de almorzar y dormí de un tirón hasta la hora de comer.

Ayotla es un bello pueblecillo asentado á la orilla del lago de Chalco y circuido de alegre vegetacion; pero no ofrece nada de curioso, asi que volví á acostarme luego con hastío.

El coche llegó el día siguiente á las nueve: era una de esas viejas calesas de que no hay muestra en Francia, sino en el fondo de nuestras provincias meridionales; estaba forrada de una tela hecha girones y cuyos dibujos se habian ya borrado con el mugre; unos vidrios trapezoidales, independientes de las portezuelas, se abrian por fuera girando sobre sus goznes. En una palabra, era el clásico coche español, menos la elegancia del mayoral y la fogosidad de sus mulas, que Mr. Gautier describe saliendo de la cuadra, empujadas sobre las patas de atrás, con el postillon colgado del cabestro.

Las muestras me parecieron menos fogosas, aunque tan flacas, diferencia que se explica por el hecho de no relevarse nunca, haciendo asi un servicio muy penoso. Eran seis uncidas en tres pares, y sus arreos no desdecian de la calesa.

El mayoral monta una de las de tronco, un zagal, *el sota*, una delantera. Los dos visten calzoneras y chaquetas de cuero, sin otros adornos que sus manchas y agujeros, traje tan viejo como el coche, las mulas y sus arreos.

Solo hay un viajero en el carruaje, tomo asiento á su lado, pagando antes la suma de cuatro pesos, y partimos al trote.

A algunos kilómetros de Ayotla, el camino sube la falda de la montaña y penetra en una garganta cubierta de bosque, el bosque de Rio-frio. De vez en cuando, trepa á alguna altura, desde donde se domina el paisaje, paisaje cuya fisonomía general recuerda mucho la del bosque de Fontainebleau; los accidentes del suelo y la vegetacion son iguales. Este bello sitio tiene la fama tradicional del bosque de Bondy. Mi compañero me parece preocupado y no muy á gusto; de vez en cuando me echa unas miradas oblicuas y desconfiadas, permanece en una gran reserva, y cuando abre la boca, despues de

haber registrado con inquietud el campo, no es para encomiar sus bellezas, sino para hablar de ladrones. Su desconfianza me entra á mí poco á poco, y en la prevision de una sorpresa, guardo mi bolsillo, sin que él se aperciba, en una de las muchas soluciones de continuidad que presenta el forro del coche, reservándome solo una suma suficiente para calmar el furor de los bandidos.

El encuentro de un piquete de caballería que volvia de escoltar las diligencias del Sur, tranquilizó un poco á mi compañero; pero no fue por mucho tiempo, y su turbacion fue creciendo hasta el pueblo de Rio-Frio, á donde llegamos á las tres de la tarde.

Este pueblo situado casi en la cima de la altura, es, en verdad, pintoresco; un arroyo límpido con márgenes de verde césped atraviesa la plaza Mayor, ó mas bien el vacío, á cuyo alrededor están diseminadas en desorden algunas casas de madera con basamentos de obra y una antigua iglesia de buen aspecto en medio de su sencillez: algunas alturas cubiertas de bosque, escarpadas y salvajes completan el cuadro.

A partir de Rio-Frio, se vuelve á descender hacia la llanura y muy luego salimos del bosque. Mi compañero entonces se reanima, y se vuelve expansivo y afectuoso. Me dice que es don Juan Hernandez, que es sastre de Puebla, y además alquilador de trajes y disfraces. Con motivo de un baile de máscaras que debe darse en Carnaval, habia ido á Méjico á surtirse, y lleva una porcion de artículos de valor, como máscaras, guantes, corbatas, cinturones, cintas, etc., y mucho dinero que no habia empleado y que los ladrones se podian apropiarse en un instante.

Las bellas planicies de San Martin de Tescmeluca que atravesamos, están bien regadas y presentan gran fertilidad; se estienden hasta Cholula al Sur, hasta Puebla al Este y muy lejos al Norte hasta el pie de las montañas de Tlascalá. A nuestra derecha las altas cimas de Popocatepelt y de Istaccihualt terminan el horizonte, mientras que á nuestra izquierda el Orizaba ó Citlaltepelt, *la montaña de la estrella* recorta en lo azul su pálida silueta.

El coche hizo etapa en San Martin. El meson es nuevo y muy límpido, lo mismo que la fonda. Nos sirven una excelente cena, y don José para celebrar nuestra libertad hace correr espléndidamente el famoso *pulque* de Cholula, lo que no tardó en hacer de nosotros los mejores amigos del mundo. Tuvimos aun tiempo para ir á visitar la iglesia del pueblo, oculta entre las casas y los árboles. La fachada es una página del Renacimiento, adornada segun el gusto de los retablos españoles, molduras y ornamentos pintados con vivos colores, entre azulejos de efecto muy original.

Salimos de San Martin el 16 á las seis de la mañana. El paisaje es bastante bello, pero el camino detestable. Un polvo de rara tenuidad, en que se hundén las ruedas y las mulas como en un líquido, se levanta á nuestro paso en espesas nubes. A pesar del sofocante calor, fue preciso cerrar las ventanillas; pero por las rendijas entraba el polvo y creimos ahogarnos. En cuanto á los conductores, tenían aire de fantasmas de *kuáqueros*, uniformemente grises desde la cabeza hasta los pies, escepto los dientes y los ojos.

Este polvo desleído por una abundante traspiracion y cocido despues por el sol, habia llegado á formar en sus manos, rara vez lavadas, una corteza semejante al cuero de los paquidermos. Quince años hacia que nuestro mayoral andaba por este camino en tales condiciones y se hallaba muy bien de salud.

Estas molestias no eran las únicas. La capa de polvo cubria y disimulaba perfectamente como un agua espesa las irregularidades de una via primitiva, digámoslo asi; allí se revelaba en todo su esplendor la habilidad del sota. Un buen sota debe conocer el mapa de un camino, como un piloto conoce el canal de un rio ó de una bahía erizada de bajíos, de manera que á ojos cerrados pueda salvar todos los escollos. El nuestro era muy esperto, y su mérito me pareció tanto mas trascendental, cuanto que el polvo lo cegaba completamente y que bajo pretesto de ir por llanura llevábamos un paso infernal. Pero la esperiencia y perspicacia del postillon no podian, sin embargo, adivinar los escollos últimamente formados, y de esta eventualidad harto frecuente resultaban unos vaivenes que nos arrancaban las entrañas.

Un puente sobre un riachuelo nos anunció la proximidad de Puebla, á donde entramos al medio día.

Puebla de los Angeles.—La catedral.—Interior de una familia mejicana.—La diligencia.—El cofre, la fortaleza y la ciudad de Perote.

Cuéntanse 28 leguas de Méjico á Puebla.

Esta ciudad fue fundada en 1530, bajo los auspicios del virey don Antonio de Mendoza y del presidente de la audiencia, el obispo don Sebastian Ramirez de Fuenleal á unas 6 ó 7 leguas al Este de la célebre ciudad azteca de Cholula. El sitio tenia entonces el nombre de *Cuetlaxcoapan*, culebra en el agua. Su clima es sano, y su suelo elevado 2,196 metros, es muy fértil.

Cholula era la ciudad santa del Anahuac: la tradicion supone que Quetzalcoatl se detuvo aquí para iniciar á los aztecas en la civilizacion.

La nueva ciudad española heredó los mismos pri-